

de Federico Tarántola
HISTORIAS DE TAMMERLANE
PRESENTA

KING KASTLE hard zombies

BIG MIKE

- CAPÍTULO UNO -



Fue cerca de las 12 del día de los muertos, que el oficial Bob Galore atravesó corriendo la cuadra del vecindario de la calle 9 de Tammerlane.

Alcanzó la entrada, tropezó con el umbral y avanzó veloz por el jardín. Llegó a la primera entrada y golpeó la puerta desesperado. Mientras aguardaba alguna respuesta, se volteó reiteradas veces hacia atrás. Ese algo que lo perseguía quizás se había perdido en la distancia.

Insistió con los golpes.

Miró a su alrededor y se vio rodeado de escaleras, balcones, patios, departamentos, pasillos. Alguien tendría que haber en todo el maldito vecindario que lo ayudara a ponerse en contacto con la comisaría.

Se dio por rendido y retomó carrera, camino al primer piso.

“Maldito estúpido!” continuaba diciéndose mientras subía las escaleras. Se odiaba por haber perdido el radio mientras escapaba de esa... cosa...

... esa cosa que no moría.

Bob puso un pie en el primer piso y avanzó con imprudencia hacia la izquierda. De alguna forma, el mismo horror por el que hacía correr, en esta ocasión lo detuvo en seco y a tiempo.

Justamente a mitad de pasillo, un inmenso no-muerto se rendía ante un cadáver al que devoraba pausadamente.

Bob contuvo el aliento y dio un paso marcha atrás. Cuando el “zombie” le clavó los ojos pálidos, se detuvo.

No supo qué hacer. Frente a frente. Sin balas. Sin apoyo.

Dio otro paso.

Eso mismo fue lo que puso al monstruo de pie.

Galore tragó saliva, y antes que pudiera reaccionar, la bestia que lo miraba fijamente con esos ojillos blancos, se lanzó a atraparlo de una corrida.

El no-muerto se llamaba Big Mike, y el oficial Bob Galore no supo más que sacar su arma vacía, apuntar y esperar un milagro...

Big Mike, como lo apodaban los del vecindario, era demasiado alto y grotesco. Su cara padecía una serie de rollos fofos y arrugados que escapaban de una inmensa nariz y se sepultaban en sus dos ojillos negros.

El pobre era tan feo como idiota. Y era el motivo de las burlas del barrio.

Todo aquel que conocía a Michael Hills como Big Mike, sabía a quien se referían: un tonto más del Pueblo de Tammerlane.

Fue cerca del mediodía del día de los muertos, que Big Mike estaba sentado en un banco del jardín de entrada del vecindario. Se rascaba torpemente el rostro, la nariz, la nuca, y hablaba con su imaginación.

“Porque si uno se queda sentado mucho tiempo, no envejece” se explicaba Mike a sí mismo, como siempre.

- Otra vez con lo de la vejez, Mickey? – preguntó Tobe, con su característico tono risueño, surgiendo de las espaldas del grandote.

Enseguida se sumaron los otros dos de la pandilla, Samuel y Rob, y todos se plantaron ante Michael.

- Hola, amigos! – saludó Big Mike, alzando torpemente la palma de su mano. Tenía una sonrisa de oreja a oreja asomando su despareja dentadura. Su voz sonaba agradable, algo tosca y hueca, pero inocente y alegre al fin. Lo que nunca podía llegar a entender era que mucha de esa gente que lo ponía feliz, eran los mismos que en algún sentido lo terminaban hiriendo. – Trajeron mi cigarrillo? – preguntó casi de inmediato.

Años antes, cuando vivía con su madre, ella le había obligado a prometer que nunca tocaría ningún vicio. Y Mike creció bajo esa consigna.

Esa tarde, con 52 años, había decidido arriesgar el juramento a su madre, porque el tabaco (según los muchachos) era lo mejor.

Tobe extendió su mano, y con una sonrisa canchera desplegó un delicioso King Kastle.

- ... pero va a ser tuyo con una condición... - dijo el obeso de Samuel.

- Cuál?

- Queremos verte fumar.

Big Mike deseaba un cigarrillo. El resto no importaba. Todo estaba bien. Qué sentido tenía decir no?

Entonces se llevó el King Kastle a la boca. Sonrió.

Y Rob fue el que extendió el encendedor.

Lo último que sintió antes de la luz, fue el fuego en su interior.

Después del fuego vinieron algunos instantes que se perdieron en una nebulosa. Un sobresalto, alguna sensación extrema... y el vacío.

Cuando el torbellino de sangre dejó de girar en sus tripas, abrió los ojos y comprendió todo.

Ya no era más tonto, ya no era más Big Mike, ya no importaba mamá, ya no importaba el estar sentado y la vejez.

Sólo importaba la carne. Sólo importaban esos seres que maravillosos, que brillaban, tan rosados y suaves.

El siguiente recuerdo fue la angustia y el rostro de los seres. Sus gritos. Los sonidos que atormentaban, aturdían. Esas mismas personas que lo observaban tirado en el piso mientras volvía de la luz y el fuego, chillaban y demostraban rechazo.

Fue cuando la angustia se hizo ansiedad, y descubrió que tenía manos y dedos y piernas: podría alcanzarlos, atraparlos. Atrapar la carne con la carne de su ser...

Un veloz reflejo venido de algún lugar de su naturaleza hizo que atrapara la mano de la presa más grande.

Fue cuando el ansia se hizo incontrolable, y se convirtió en boca. Una boca abriéndose, buscando el camino al tejido, a la sangre, a ese bello olor a cebo rosa.

La siguiente sensación fue el sabor de lo indescifrable, el éxtasis de la especie. Y la calidez de la carne humana disolviéndose entre sus dientes...

Samuel lanzó un grito al aire, y enseguida zafó la mano que Big Mike le había mordido. Una vez libre, tomó la escalera al primer piso, mientras que los otros escaparon a la calle.

Lo que nunca pudo llegar a imaginar, fue que aquel tonto al que le habían convidado un King Kastle, se había convertido en un ser completamente astuto y violento, y que no iba a dejarlo escapar tan fácilmente.

"Cuándo pasó todo esto?" pudo haberse preguntado el ingenuo de Samuel, después de haber visto a Michael toser, vomitar sangre, morir... y resucitar.

Lo más probable era que Big Mike se haya convertido en... "Imposible! Sólo existen en las películas!!"

Antes que Samuel pudiera seguir pensando y huyendo mucho más, Big Mike pegó un gran salto a sus espaldas para caerle y tenderlo a mitad de pasillo del primer piso.

Y su vida se apagó bajo cientos de movimientos de mandíbula.

Entonces Galore alzó su arma descargada y apuntó a Big Mike.

Sólo un milagro!... Sólo un milagro podría detener a aquella bestia que se lanzaba a asesinarlo.

"No puede estar pasando!" pensó el Oficial Bob Galore en ese microsegundo de pánico: toda una maldita vida para terminar en las fauces de un..."

Y no se produjo milagro alguno: el zombie de dos metros de altura aterrizó de un golpe y una mordida sobre la tráquea del "maravilloso ser sabroso".

Mientras destruía el cuerpo a golpes, desgarros y mordiscones, Big Mike respiró el aroma.

Definitivamente, no había nada mejor que cenar comida fresca.

CONTINÚA EN LAS CRÓNICAS DE KING KASTLE ZOMBIES

HISTORIAS DE TAMMERLANE / KING KASTLE © 1998 – 2007 FEDERICO TARANTOLA

federicotarantola@yahoo.com.ar

www.tammerlane.com.ar

www.federicotarantola.com.ar